

Pan, economía, clima

Jean Meyer

El año pasado ha sido bastante caótico en cuestión de clima, y de economía también. Los datos meteorológicos pueden sorprender si indican que nos encontramos en una fase de recalentamiento del planeta, pero así fue. Saldo global: año más bien fresco, pero, eso sí, con variaciones locales tremendas. El 2008 ha sido el año más fresco del siglo XXI principiante y pudimos constatar que enero y febrero de 2009 han mantenido y reforzado la tendencia.

En los 30 últimos años, nuestra atmósfera se calentó en 0.4 grados Celsius, según el análisis publicado en diciembre 2008 por la Universidad de Alabama en Huntsville. Detrás de este promedio se esconde el hecho de que el recalentamiento no es parejo en toda la Tierra, sino que ocurrió más en el norte, con un promedio de 0.6, mientras que en algunas partes del sur no pasó de 0.3. Muchos factores entran en juego y explican que América del Norte se haya calentado en 0.96, con un máximo en Alaska de ¡dos grados Celsius! Los acontecimientos climáticos, a la escala de un año o dos, se han vuelto erráticos y parecen no obedecer a ninguna regla precisa. No se sabe si el aumento del número de tornados en Estados Unidos se debe al recalentamiento o no, tampoco en el caso de los huracanes que cruzaron a principios del año Francia y España.

Por lo pronto, el planeta no ha dejado de calentarse, como lo confirman varios informes de institutos muy fiables, como la Organización Meteorológica mundial de la ONU o la American Geophysical Union que agrupa 50 mil científicos del mundo entero, especializados en el estudio de la Tierra.

Las previsiones a largo plazo son imposibles; sin embargo, la tendencia de los últimos 30 años, si es que se mantienen, va a ser relativamente favorable para la agricultura en las regiones templadas septentrionales, especialmente en Europa, pero las sequías bien podrían golpear, como lo están haciendo ahora, a las regiones intertropicales, y también a Argentina y Australia, dos grandes productores y exportadores de granos, carne y lana. En muchas partes del mundo, tanto en nuestra América como en el norte de China, en Ucrania y en el Medio Oriente, la sequía va a ser un problema permanente.

Algunos expertos afirman que la hambruna,

terror de las sociedades tradicionales, bien podría ser el principal problema del siglo XXI. ¡Ojalá no sean tan certeros como lo fue Casandra, la princesa troyana que atinaba en sus predicciones pero que nadie creía!

Si el clima bien puede dificultar la producción de alimentos, principalmente de los granos básicos, la economía tampoco ayuda. Pero, me dirán, la baja vertiginosa del precio de los granos en el mercado mundial, después de su alza no menos vertiginosa el año pasado, tiene que ser una buena cosa. Efectivamente, le pasó a los precios de los granos lo que al precio del petróleo: un encarecimiento rapidísimo en cuestión de meses, una loca burbuja hinchada, no cabe duda, por la especulación, algo que nadie había previsto; luego una caída no menos rápida, tampoco prevista, en forma paralela a la crisis bancaria, financiera y, finalmente, económica.

¿Qué me dice usted y de qué se preocupa? ¿A poco no es una cosa buena para el consumidor, especialmente para los más pobres, una seria baja en el precio de los alimentos?

Pues ni siempre ni tanto. En los últimos tiempos, año tras año, la agricultura mundial producía menos porque los productores sufrían doblemente: de la baja de precio para sus productos, del alza de sus costos de producción. La baja presente del precio del petróleo, si es que se repercute para ellos —algo que no es cierto en el caso de los agricultores mexicanos, para el diesel de sus máquinas—, no es suficiente para estimular a los productores en el campo. En febrero de 2008, la tonelada de trigo suave costaba 818 dólares, ahora está cerca de 250 dólares.

La crisis financiera e industrial oculta la amenaza de una escasez en cuestión de alimentos; ya se nos olvidó que en 2007 hubo en varios continentes motines, si no del hambre por lo menos provocados por el pan caro o la tortilla y el arroz caros. En el caso nuestro —hay que recordar que importamos mucho maíz de EU, que distamos mucho de ser autosuficientes—, se atribuyó el alza a la captura de gran parte del maíz estadounidense por la industria del etanol, del biocarburante. Cierto, pero no explica todo. En junio de 2008, en Roma, sede de la FAO, se reunió una conferencia internacional sobre la seguridad en materia de alimentación... y reventó la crisis bancaria, y se olvidó el asunto, un asunto vital.

jean.meyer@cide.edu

Profesor investigador del CIDE

